

## La fiesta española de L'Hippodrome de París (18 de diciembre de 1879): toros, flamenco y pseudo-folclore español<sup>1</sup>

José Manuel PEDROSA  
(Universidad de Alcalá)

ABSTRACT. On 18th December, 1879, a great charity event was held in Paris. Its aim was to raise funds for flood victims in the region of Murcia. That party brought together all the high society and the French bourgeoisie. Toreros, gypsies, Spanish dances went on stage. And they shaped a «folk» image of Spain that had great influence outside our borders.

KEYWORDS: festival, stereotype, folklore, folk, image of Spain.

RESUMEN. El 18 de diciembre de 1879 se celebró en París una gran fiesta benéfica. Su objetivo era recaudar fondos para los damnificados de las inundaciones que unos meses antes había sufrido la región de Murcia. Aquella fiesta reunió a toda la alta sociedad y a la burguesía francesa. Toreros, gitanos, bailes españoles subieron a escena. Y ejerció gran influencia en la configuración de los tópicos folclóricos acerca de España que triunfaron fuera de nuestras fronteras.

PALABRAS-CLAVE: fiesta, estereotipos, folklore, folk, imagen de España.

El 18 de diciembre de 1879, entre las 9 de la noche y las 5 de la madrugada aproximadamente, se celebró en L'Hippodrome de París (en la avenida Marceau, muy cerca del puente del Alma) una fiesta (presuntamente) benéfica, que convocó a lo mejor de la sociedad parisina y francesa del momento, fue considerada un hito social de enorme relevancia, y contribuyó a consolidar en Francia y en Europa una imagen de España –que era el lema que acabó dominando la fiesta, fagocitando al lema original: Murcia– apegada a muchos de los tópicos y clichés –toros, flamenco, gitanos, etc. – que se le han adherido, de manera por lo general desenfocada y abusiva, en los últimos siglos.

El objetivo declarado del evento no era, en realidad, el de exaltar la imagen de España, sino el de reunir fondos para los damnificados de la que fue conocida como «riada de santa Teresa», que se había abatido dos meses antes, en la noche del 14 al 15 de octubre de 1879 (festividad de santa Teresa de Jesús), sobre las tierras del sudeste peninsular. Lluvias torrenciales asolaron por aquellos días las provincias de Murcia, Almería y Alicante, y provocaron, entre muchas otras desgracias, un desbordamiento catastrófico del río Segura que causó daños pavorosos. Se calcula que en Murcia capital hubo unas setecientas sesenta víctimas mortales, en Orihuela unas trescientas, en Lorca más de una docena...

El desastre suscitó una gran ola de solidaridad en España, Europa y América (sobre todo en la América hispana), y durante por lo menos cinco años se realizaron campañas económicas y actos sociales (muchos de ellos impulsados por la prensa) para recoger fondos destinados (en teoría) a los sobrevivientes afectados. Ya que, dejando aparte a los muertos, muchos miles de personas se habían quedado sin hogar, sin cam-

<sup>1</sup> Agradezco su ayuda y orientación a José Javier Martínez Palacín y José Luis Garrosa.

pos que cultivar, sin medios de vida; o bien heridos, mutilados, enfermos. El 20 de octubre, el rey Alfonso XII –haciendo un alto en los preparativos de su boda con María Cristina de Habsburgo-Lorena, que se celebraría el 29 de noviembre– visitó las zonas afectadas. Según glosaría, de manera un tanto cáustica, Benito Pérez Galdós en *Cánovas* (1912):

Enorme angustia produjo a toda España la inundación de Murcia, en la noche del 14 al 15 de Octubre de 1879. Desde que reventó el pantano de Lorca en el siglo XVIII, no se había visto en aquella comarca catástrofe tan terrible. Innumerables familias perecieron arrastradas por las aguas. Fue una especie de parodia del Diluvio Universal, sin arca de Noé, pero con aluvión de suscripciones, rifas, espectáculos, y sinfín de arbitrios que se idearon en toda Europa y en América, para socorrer a los infelices huertanos supervivientes de aquel espantoso cataclismo. Aún duraban las tómbolas y las cuestaciones cuando la Razón de Estado, y su inseparable compañera la Iglesia, unieron con lazos indisolubles al Rey don Alfonso de Borbón y a la archiduquesa doña María Cristina de Habsburgo-Lorena<sup>2</sup>.

Apenas hubo ciudad, o pueblo grande o mediano (e incluso pequeño) de España, ni gremio, compañía comercial, asociación o periódico, que no se lanzase a la carrera de la solidaridad con las víctimas de la tragedia. Pero eso no solo sucedió en España. El entusiasmo con que París, por ejemplo, se sumó a las campañas para recoger fondos que se decía que eran para los afectados fue paradigmático. Así, el 14 de diciembre vio la luz el único número (de 24 páginas) que salió de un periódico que recibió el nombre de *Paris-Murcie: Journal publié au profit des victimes des inondations d'Espagne*, en el que colaboró lo más granado de la profesión periodística francesa, bajo la batuta de Édouard Lebey. Sus páginas recogieron mensajes de, entre otros, Victor Hugo, Alexandre Dumas, Frédéric Mistral, Jacques Offenbach, Sarah Bernhard, Alphonse Daudet, Émile Zola, el papa León XIII o el rey Alfonso XII, y también de los reyes y reinas de Bélgica, Países Bajos y Portugal, y de políticos españoles como Martínez Campos, Cánovas del Castillo o Castelar. Aquel número de *Paris-Murcie* publicó, además, grabados de Doré, Madrazo, Fantin-Latour... La tirada, de 300.000 ejemplares, se distribuyó en toda Europa. (Hoy puede descargarse, al igual que otros documentos que nos irán saliendo al paso, de Internet).

El 18 de diciembre, cuatro días después de la publicación de *Paris-Murcie*, vio la luz en Murcia el único número que salió de su modesta réplica, la revista *Murcia-París*, en formato similar al francés, pero con solo ocho páginas, que contenían versos y prosas de autores murcianos y de toda España. Al cabo de pocos días vio la luz *El libro de la Caridad*, de ambiciones y proporciones mucho mayores, con versos y prosas de Emilia Pardo de Bazán, Pedro Antonio de Alarcón, Cánovas del Castillo, Echegaray, Núñez de Arce, Zorrilla, Blanca de los Ríos, Manuel del Palacio...

Aunque quienes con mayor diligencia literaria –periodistas y articulistas aparte– reaccionaron frente a la catástrofe parece que fueron los dramaturgos, porque el 24 de octubre de 1879 hubo ya una función extraordinaria, en el Teatro de la Bolsa de Madrid, de *La Inundación de Murcia*, escena dramática en un acto y en verso, de don Federico Romana. Y poco después, el 9 de noviembre, se estrenó en el Teatro del Odeón de Bar-

---

<sup>2</sup> Benito Pérez Galdós, *Cánovas*, en *Episodios Nacionales*, 5 vols. (Madrid: Aguilar, reed. 1988) V, pp. 541-634, p. 615.

celona un drama en tres actos, de Jaime Piquet y Piera, que llevaba el título de *La inundación y ruinas de Murcia*<sup>3</sup>.

Pero volvamos a París, y más en concreto a la fiesta que se celebró el 18 de diciembre de 1879 en L'Hippodrome, porque aquel fue, posiblemente, el acontecimiento sociocultural más significativo –desde los puntos de vista etnográfico y antropológico al menos– de todos los que suscitó la terrible catástrofe murciana. Posiblemente se trató también de un evento muy notable desde el punto de vista de la ética política, y de la ética a secas, aunque esa sea una dimensión que estará presente de manera solo tangencial en nuestro análisis: deberían ser los filósofos los que se ocupen de ella.

En cualquier caso, no puedo dejar de subrayar lo significativo que resulta que reyes, aristócratas y dirigentes políticos se peleasen por salir en aquel magno retrato exaltador, en teoría, del espíritu de la beneficencia y de la caridad universal; que el político (que se proclamaba izquierdista) Léon Gambetta, que sería muy pronto jefe de Gobierno, publicitase, con evidente oportunismo, que había pagado 5.000 francos por su palco; o que toda la fiesta (que hay razones para sospechar que fue, entre otras cosas, un negocio descomunal) fuese presentada como una máquina para obtener dinero fácil, rápido y supuestamente solidario, por más que sobre sus usos y destinos no hubiese gran control<sup>4</sup>. Cuando, en las páginas que siguen, leamos algunas de las crónicas que dieron cuenta del evento, será inevitable que nos vengan a la memoria los reportajes que seguimos leyendo hoy, o viendo cada día en la televisión, acerca de rutilantes fiestas, supuestamente benéficas, que convocan a reyes y nobles, estrellas de Hollywood, gurús de la moda, cantantes de pop o futbolistas famosos en exhibiciones más que dudosas de caridad muy mal entendida hacia los desfavorecidos.

Es preciso insistir en que el núcleo de este artículo va a ser la reproducción de cuatro de los extensos reportajes que (antes, durante y después del evento parisino) publicaron unos cuantos corresponsales y periódicos de Madrid. De modo que el lector va a disponer enseguida de una muestra consistente de la información precisa para hacerse su propia idea de lo que fue aquel acontecimiento.

Lo primero que llama la atención del sesgo que tomó aquel aparatoso acto social –al que concurrieron, según algunas estimaciones, más de 20.000 personas, que otras dejaron en unas 12.000–, fue su carácter eminentemente festivo, frívolo, mundano, más

<sup>3</sup> Las inundaciones de Murcia suscitaban artículos, reportajes, homenajes, versos, prosas, memorias y evocaciones de todo tipo. Limitémonos aquí a citar unos cuantos títulos significativos: [sin autor] *La Riada de Santa Teresa. 15 octubre 1879. Historia y detalles de esta horrorosa catástrofe. Por Un hijo de Murcia. Dedicado a la prensa y al generoso pueblo de Madrid* (Murcia: Tipografía de El Álbum, 1879); José Martínez Tornel, *A la gloria de la noble nación española, que socorrió a la ciudad de Murcia en la desastrosa inundación del día 15 de octubre de 1879* (Murcia: Imp. De El Diario, 1879); *Libro de la caridad dedicado por los poetas al socorro de las víctimas de las inundaciones en las provincias de Levante* (Madrid: Imp. De Enrique Rubiños, [1879]); Federico Romana, *La Inundación de Murcia, escena dramática en un acto y en verso* (Madrid: Hijos de A. Gullón, 1879); Ildefonso Antonio Bermejo, *Historia de la Inundación de Levante en octubre de 1879* (Madrid: Librería de Miguel Guijarro, editor, 1881); [A. H. A.] Antonio Hernández Amores, *Inundaciones de la huerta de Murcia* (Murcia: Imprenta de El Diario, 1885); *Memoria de la inundación de Murcia, Alicante, y Almería, acaecida en los días 14 y 15 de octubre de 1879* (Madrid: Junta de Socorro de Madrid, 1892); Juan Torres Fontes y Antonio Pérez Gómez, «La riada de Santa Teresa del año 1879», *Murgetana XVIII* (1962) pp. 35-49; y Francisco Calvo García-Tornel, «La huerta de Murcia y las avenidas del Guadalentín», *Papeles del Departamento de Geografía* 1 (1968-1969) pp. 111-137.

<sup>4</sup> Sobre las cuestiones éticas y las polémicas que suscitó esta fiesta, desde el momento en que se celebró (Mirbeau o Maupassant se mostraron críticos hacia ella, por ejemplo), véase Jean Moline, «La riada del Segura en 1879 y la fiesta París-Murcia o la desgracia de unos provoca la felicidad de otros», *Revista de Estudios Filológicos* 28 (2015)

<[http://www.um.es/tonosdigital/znum28/secciones/relecturas-3--la\\_riada\\_del\\_segura.htm](http://www.um.es/tonosdigital/znum28/secciones/relecturas-3--la_riada_del_segura.htm)>

proclive a la alegre exhibición narcisista y al afán de ser parte de un espectáculo rutilante que al recogimiento que sería posiblemente más propio de un homenaje a los muertos y desamparados que había causado una catástrofe natural monstruosa. Alguna de las crónicas que enseguida reproduciremos identifican, de hecho, la fiesta con un «Carnaval» impregnado de mundanidad: «la fiesta será un verdadero Carnaval, pues las mujeres podrán asistir con medio antifaz; las mismas señoras patronas de la fiesta han dado la idea, porque desean que todas gocen de la mayor libertad». La presencia, muy destacada y encomiada por toda la prensa, de encantadoras y sonrientes señoras o señoritas, actrices o *vedettes* de todos los teatros de París, encargadas de agradar y de sacar su (supuestamente) solidario dinero a la concurrencia, muy en particular a la masculina, contribuyó a dar a la grandiosa fiesta un tono no ya de trivialidad, sino también de sensualidad, nada despreciable. Lo confirma otra de las crónicas, que daba detalles como el de aquella solidaria dama que «se acercaba desnuda de hombros y con brazos soberbios, ojos encendidos y sonrisa provocadora, espléndidos pechos casi al aire y chispeantes joyas, y alargaba una copa de Champagne» para sonsacar las ansiadas aportaciones benéficas. La concurrencia de la gran saga circense de los Franconi, de magos y prestidigitadores como el famoso «señor Hermann», o de humoristas como «Christian y Dupuis [que] repetirán [...] sus gracias ingeniosas» subrayaron, sin duda, el sabor terreno, cómico incluso, del evento.

Poco pudieron (y poco quisieron) hacer, para atenuar o contrarrestar aquellos brillos de mundanidad, las presencias del presidente de la República (Jules Grévy) y de las más altas autoridades del estado francés, o de la reina madre Isabel II de España y el que era oficialmente su esposo y padre supuesto de sus hijos, Francisco de Asís (cada uno por separado, claro), y de lo más selecto de la aristocracia y la alta burguesía de ambas naciones. Todos se plegaron al guion más vano y teatral que luctuoso del acontecimiento, y ocuparon el asiento que se les había reservado en la cúspide de aquella brillante pira de vanidades. El nivel intelectual del evento, ganó, eso sí, con la venta o subasta de originales autografiados de Victor Hugo o Alphonse Daudet, o de las «cincuenta pande-retas españolas pintadas por Bonnat, Bollon, Worms, [Raimundo de] Madrazo, Rico, Jacquet, Clairin, Popelin...», e incluso de algunas ediciones raras o costosas del *Quijote*. Al lado, algo de bisutería española:

7.000 cigarros, 450 cajillas de fósforos construidas en las Provincias Vascongadas, 4.000 fotografías de cuadros del Museo del Prado, 4.000 vistas de paisajes españoles, 200 abanicos, 200 frasquettes de anisado, 200 ejemplares de piezas de música española, 150 mantillas, 200 puñales de Toledo y 100 dagas damasquinadas, etc., etc. (artículo de *EL IMPARCIAL*, 19 DE DICIEMBRE DE 1879, reproducido más adelante).

La trivialidad alcanzó, también, a la abigarrada aleación de imágenes, músicas y símbolos que fueron movilizados durante la fiesta. Aunque no faltaron algunos decorados evocadoramente murcianos (con reproducciones a no muy gran escala del Hospicio de Santo Domingo, del puente sobre el río Segura y de algunas «construcciones de la huerta» con unas cuantas palmeras) dentro del apócrifo *atrezzo* de la fiesta, el elemento del decorado que lo dominó todo fue la más aparatosa réplica de la Giralda de Sevilla, con sus «30 campanas afinadas y concertadas». Ello difundió aromas más andaluces que murcianos, lo cual no pareció molestar demasiado a la mayor parte de la concurrencia francesa, muy proclive a identificar con lo tópicamente andaluz todo lo que se cantaba, bailaba o se movía más al sur de los Pirineos. Piénsese que el estreno, todavía caliente, de la *Carmen* (1875) de Bizet (adaptación de la novela de Merimée, de 1845), había fijado, en el imaginario de muchos franceses, una idea llena de gruesos tópicos en que

lo gitano, lo sevillano, lo andaluz y lo español no estaban lo suficientemente diferenciados.

Pero no fue aquella hiperbólica Giralda lo único que estuvo fuera de lugar en aquella fiesta que debía haber sido murciana, que derivó en popurrí decididamente extemporáneo de postizos decorados pseudo-españoles y aparatosas modas europeas, y que se las arregló para conjuntar incluso a los difícilmente conciliables Wagner y Rossini, aunque aquel no fuese, posiblemente, el marco más apropiado para ello. Piénsese, por ejemplo, que un «cortejo de toreros con música española» desfiló justo antes de la «sinfonía de *Taanaihser*, de Wagner», que no se sabe muy bien qué pintaba allí. Aunque tampoco encajaban demasiado las trepidantes oberturas de *La muette de Portici* (de Auber) o de *Guillermo Tell* (de Rossini), tan de moda –eso sí– en los teatros parisinos. Ni «la música austríaca, que es la del segundo regimiento de artillería; la de los *Scotts fusiliers* de la Gran Bretaña, y los 25 arpistas de París, ejecutando la *Plegaria* y la *Tarantel*».

El colmo de lo ecléctico y de lo *kitsch* llegó, en cualquier caso, en la escena delirante de la *farandola* –que era, en origen, una animada danza campesina provenzal–, que «tanto gusta al público parisién, [y que] será monstruosa por lo fabuloso de sus elementos», ya que fue interpretada por el sinnúmero –posiblemente más de un millar– de músicos y danzantes presentes, con el concurso de «los guitarristas, los toreros, los gitanos, mezclándose en la confusión delirante»:

Lo indescriptible ha sido el efecto de la farándula. A una señal de Metra han comenzado todas las orquestas, las músicas militares, los pianos, las arpas, las guitarras a entonar esa música enloquecedora para los franceses, y a la vez han aparecido moviéndose, en bailarines, danzas, polos, soleás, malagueñas, paseos de toreros, cantos flamencos y coros, millares de artistas en los escenarios perfectamente situados para apreciar el conjunto (artículo de *LA IBERIA*, 20 DE DICIEMBRE DE 1879, reproducido más adelante).

¿Cómo encajarían los compases de la soleá y de la malagueña con el ritmo de aquella disparatada farandola? En el plano más visual, resulta difícil imaginar una experiencia más anacrónica y más extemporánea que ver, «dentro de una góndola del siglo XIII, hecha de *carey* y azogues, [a] la Judith, la ilustre actriz, [que] ha comenzado a decir la buena ventura» a los concurrentes.

Una reflexión aparte y meditada merece el encaje que las artes y los artistas populares españoles tuvieron dentro de la fiesta, porque ello puede darnos indicios muy significativos acerca de la significación que España, sus gentes, su cultura, su folclore, tenían para los franceses y europeos de aquel tiempo. Mientras que lo francés estuvo representado, en aquellos fastos, por los artistas y los repertorios de los teatros esencialmente urbanos y parisinos –que daban la medida simbólica de lo que entonces se identificaba con un París cosmopolita, capaz de asimilar y hacer suyos desde la avanzada música de Wagner hasta la danza folclórica provenzal–, la imagen que se ofreció de lo español fue sesgadamente periférica y provinciana, exaltadora de la diferencia exótica y de la rareza con toques de *racialidad* salvaje que encarnaban, para los foráneos, gitanos o toreros.

El París al que las exposiciones universales de 1855, 1867 y 1878 habían convertido en escaparate de los progresos tecnológicos del mundo estaba allí representado por el vitoreado «arquitecto Arveuf, autor de la traza y del prodigio» del espacio que acogió la fiesta; por el avanzado sistema de calefacción, por las «más de siete mil luces de gas y ciento de Pablókoff [que] alumbran los edificios que se encierran bajo este magnífico techo de hierro y cristal»; por la muy articulada red de ferrocarriles que acercaron a

franceses de todo el país al evento; o por la novedad del fonógrafo, que aunque patentado por el norteamericano Edison muy poco antes, en 1877, contaba con el precedente del fonógrafo registrado por el francés Scott de Martinville en 1857: «algunos de los lotes de la Tómbola se componen de documentos fonógrafos, o sea de planchas, en que están trazadas canciones de Judie, palabras de Sarah-Bernhardt, sentencias de Víctor Hugo, etc., y que el ganancioso podrá hacer repetir cuando quiera al fonógrafo».

España se vio representada, en cambio, por un pintoresco desfile que abrieron veinticinco guardias civiles y sendas bandas de artilleros e ingenieros, tras los cuales marcharon

los espadas Lagartijo, con traje marrón y plata; el Gordito, azul y oro; Gonzalo Mora, tabaco y oro, y Pastor, encarnado y oro. Siguen los alguaciles, picadores y cuatro cuadrillas de mulillas. La cuadrilla da una vuelta por la pista, atravesando al compás de la orquesta de bandurrias dirigida por Más que comienza el paso doble de Pepe-Hillo, apenas termina la *Marcha de las Antorchas*, la cuadrilla recorre la calle formada por las tiendas y estrados de las artistas de Mr. Franconi, Sahara Bernhardt, la Croizette y las discípulas del conservatorio. Lluve sobre los toreros gran copia de flores. Ellos saludan con las manos y quitándose las monteras. Al pasar por delante del palco regio, los diestros se detienen. Detrás de la cuadrilla y entre la orquesta de guitarras van los *cantaores*: cuatro mujeres y cuatro hombres. De estos citaré a Romero, y de aquellas a la María, bien conocidos de los aficionados al cante flamenco [...] La sección de cante flamenco se inaugura entre atronadores bravos cuando la María aparece delante de la fila de los toreros. Es un cuadro verdaderamente español que recuerda las escenas de la *Colomba* del popular Merimée el que ofrece aquella brillante reunión de trages bordados y rostros morenos, en medio de la cual suena la acompasada cadencia de las guitarras y bandurrias y la voz melodiosa de la *cantaora* sevillana.

Cada copla produce tempestades de aplausos, vivas a España, a Sevilla y a los toreros. Viene luego el paso español ejecutado por la célebre bailarina valenciana Rosita Mauri, cuya pandereta, en que Carolus Durand ha pintado una escena de toros, es rifada entre siete números, vendidos cada uno a 1.200 francos. [...] Nueva ovación para el arte español, que se aumenta cuando los gitanos bailan sobre un tabladorillo, en cuya tarima produce alborotador ruido el mover de los pies de las *bailadoras*. Monedas de oro y flores, caen entre aquellos pies (artículo de *EL IMPARCIAL*, 19 DE DICIEMBRE DE 1879, reproducido más adelante).

Sobran casi los comentarios: todo aquel deslumbrante y engañoso artefacto sirvió para hacer más honda y marcada la raya separadora entre el cosmopolitismo urbano y las innovaciones tecnológicas de París y de Francia por un lado, y la cultura hirsuta, periférica, apegada a la tradición, subdesarrollada de España. Pese a la borrachera de colores, músicas, lentejuelas, alcoholes, multitudes, alguno de los corresponsales españoles presentes en la fiesta tuvieron la perspicacia de advertirlo: «esta fiesta inaugura la nueva época del recreo de una sociedad [la francesa] que ha llegado a refinamientos de ingenio y de gusto inimaginables»; otro ironizaba, en cambio, a propósito de «la banda de guitarras y las cantoras que trasladaban enteramente la imaginación a cuanto de animado, bullicioso, alegre y placentero tiene esa España de la pandereta y la manolería con que aún sueñan todos los franceses». París aprovechaba la ocasión para publicitarse a sí misma, más que a Murcia o a España —excusas menores de la fiesta—, como lo que en aquel momento era: la capital social, cultural y tecnológica del mundo<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Véase el tratado de Marc Fumaroli, *Paris-New York et retour: Voyage dans les arts et les images* (París: Fayard, 2009), que analiza el modo en que París dio la pauta, durante siglos, de artes, culturas,

Francia no estaba dispuesta a renunciar a la deliciosa sensación de sentir que a sus pies, en el profundo sur, bullía una tribu de salvajes encantadores, poseídos por unas artes extrañas y fascinadoras, a las que siempre le sería fácil asomarse viajando hacia abajo –como hicieron tantos artistas y curiosos galos– o convocar arriba –como hicieron los organizadores de la fiesta del Hippodrome–. Y España tampoco estaba dispuesta a renunciar a la cómoda rutina de dejarse identificar con una serie de tópicos seudofolclóricos que, aunque parciales y postizos, se vendían ellos solos, daban réditos excelentes y no causaban incomodidad a unas –incompetentes y perezosas– elites rectoras en cuyo programa no figuraba el hacer el menor esfuerzo por cambiar aquella situación. Después vendrían la copla española, la cultura pseudoandalucista diseñada por el franquismo, las dinastías inacabables de tonadilleras y toreros cuyos amores y desamores airea hasta hoy la prensa del corazón, y los muchos reflejos, grandes y pequeños, de aquel Hippodrome que, en España, en Francia y en el resto del mundo siguen siendo espacios consagrados a la identificación de lo español con todo eso.

El caso es que la fiesta del Hippodrome parisino el 18 de diciembre de 1879, que quiso ser de caritativo homenaje a Murcia y que se quedó en bisutería españolista lucida como adorno exótico por la pujante y oportunista sociedad francesa de la época de las grandes exposiciones internacionales, ha quedado como un hito muy señalado en el proceso de construcción de la imagen tópica que de España –pseudoandaluza, seudogitana, seudotorera– ha primado en Francia, en Europa y en el mundo en los últimos siglos.

La muestra breve (reproduzco cuatro) pero representativa de las muchas crónicas que publicó la prensa madrileña de aquellos días –se podrían rastrear muchas más en las hemerotecas españolas, francesas y europeas del momento– no son documentos legítimamente etnográficos, pero sí tienen el calor de lo próximo, la calidad de lo noticiero, y pueden constituir un base textual muy interesante para acercarse a aquel evento y para reflexionar acerca de uno de los modos –no el único, pero sí uno de los más significativos e influyentes– en que se ha ido haciendo nuestra identidad, y lo que fuera de nuestras fronteras ha sido tenido como nuestra identidad:

#### APÉNDICE

[*EL LIBERAL*, 10 DE DICIEMBRE DE 1879, PÁGINA 2].  
*FIESTA DE LA PRENSA EN PARÍS.*

Los periódicos de esta ciudad publican extensos e interesantes pormenores de la gran fiesta del Hipódromo.

Ocho días antes entusiasman a la juventud con solo indicar ligeramente el sello de esplendor, de animación, de imponente grandeza al par que de loca alegría, que va a tener. La fiesta será un verdadero Carnaval, pues las mujeres podrán asistir con medio antifaz; las mismas señoras patronas de la fiesta han dado la idea, porque desean que todas gocen de la mayor libertad.

A ella van a acudir todas las clases, desde las más aristocráticas a las más llanas, porque la disposición del local y el orden en que todo se ha dispuesto, permitirán la mayor expansión a la vez que el respeto más riguroso.

La presencia del presidente de la República, de los de las Cámaras, del cuerpo diplomático y del gobierno; la de reina madre de España en su gran estrado especial,

---

modas y tecnologías, y de la competencia que, con el paso del tiempo, le haría la factoría de imágenes y de producciones audiovisuales que se desarrolló en Nueva York.

con músicas y elementos españoles; la asistencia de las damas que con doña Isabel patrocinan la fiesta, las cuales ocuparán todos los palcos de la inmensa línea que bordara el Hipódromo, vestidos de ricas colgaduras de terciopelo, y entre las que se contarán la condesa de París, la princesa de Hohenloe, la duquesa de Montmorency, la condesa de Aguado, la baronesa de Beyens, y la mariscal Canrobert, que formarán como un festón de diamantes en el inmenso circuito de la sala; todos estos elementos de seriedad y de grandeza aseguran el tono de distinción, de elegancia y de supremo gusto, tan difícil de sostener en una multitud de más de 12.000 personas que allí se reunirán.

En la sala no se bailará, sino que se celebrará el Concierto hasta media noche y se desarrollará y mantendrá la Verbena hasta el amanecer. Es una fiesta que los mismos parisienses confiesan no haberla concebido nunca igual. No es exclusivamente parisién, puesto que la da toda la prensa de la nación y los ferro-carriles dispensan la mitad del coste de los billetes de ida y vuelta a cuantos viajeros presenten una entrada para acudir a ella. Es además internacional por su carácter franco-español, por los elementos musicales austríacos o ingleses que en ella entran y por la presencia de algunos príncipes extranjeros que concurrirán.

Esta grandiosa solemnidad solo podía inspirarse en un sentimiento de tan gigantesca trascendencia como la caridad de un pueblo hacia otro pueblo distante y diferente; nunca se han visto agrupados elementos tan distintos como los que se van a congregarse en esa noche para latir a impulso de las mismas notas, reír con las mismas gracias, sentir con el común espectáculo de unos y de otros al alinearse, ordenarse e interesar cada cual todo su corazón y su pensamiento por el afán de hacer más maravilloso el conjunto.

¡Qué grandioso y supremo cuadro y qué de impresiones va a ofrecer de noche el Hipódromo! La arena ha desaparecido cubierta por un inmenso tablado de 4.000 metros que arranca de las cuatro columnas erguidas hasta el cielo de cristal donde se reflejan los rayos de la luz eléctrica: estas columnas se las convierte en gigantes palmeras, de las que penden, en vez de dátiles, racimos de globos de oro, o sean espléndidas luces envueltas en brillantes bolas de cristal.

La vastísima sala será interrumpida en la monotonía de su tendido o anfiteatro por cuatro grandiosos estrados o tribunas.

La principal será el estrado de Francia: graderías delanteras para ministros y diplomáticos, palco superior para la presidencia de la república; a la derecha, palco de la presidencia del Senado y el da la Cámara a la izquierda; un poco más bajos, a ambos lados, dos palcos, uno para la comisión de la prensa española enviada a París y periodistas españoles agregados, otro para el comité de la prensa francesa, director de la fiesta. Todo este estrado lo cubre amplio y majestuoso dosel sostenido por lijeros bastones dorados y alumbrado por doce grandes candelabros; el dosel es de terciopelo encarnado con franja, borlas y demás adornos de oro, facilitado por el guarda-mueble de la nación.

Frente a este se levanta otro estrado, en que se colocará la orquesta del concierto: dos palcos a ambos lados con gradería servirán para la prensa de París y la de provincias, y se hallarán asimismo lujosamente revestidos.

A uno de los cuatro lados, y cayendo a derecha del presidente de la república, estará el estrado español, análogo al francés, solo que aquel, adornado sobre los colores de Francia, y este sobre los colores y con las banderas españolas enviadas por el ayuntamiento de Madrid. En el centro de este estrado se colocará la música española, y a ambos lados se elevarán las dos elegantes tribunas o palcos de la reina Isabel y de la embañada española.

El cuarto estrado, que hará frente a este, al otro extremo del Hipódromo, servirá para la música de la guardia republicana; es una instalación especial, un recuerdo de



Murcia, una inspiración del Hospicio de esta ciudad, en un piso de triple abertura coronado de un piñón triangular.

Una joya de elegancia y ligereza que han descubierto los arquitectos de la fiesta en ese edificio de nuestro renacimiento español.

El centro del Hipódromo, inmenso tablado de 4.000 metros, estará ocupado por una agrupación de construcciones de estilo español, con detalles y adherentes fantásticos, pero de gran efecto: es decoración que hace soñar a los hijos de España: la Giralda, reducción Colas, en las proporciones que permitía el techo y condiciones del lugar; un puente reducido con un solo arco ojival, trasunto del de Murcia, cuyo puente descansa uno de sus lados en la Giralda. Cerca de este grupo un pabellón que representa el hospicio de Santo Domingo de la misma ciudad, sobre una escala mayor. Después otro grupo recordando las construcciones de la huerta y algunos otros caracteres de las españolas. Todo esto, es verdad, engarzado en la realidad y presente parisiense, por una balsa con su surtidor y una cascada iluminada para su transparencia; pero este mismo conjunto hace más fantástico el vagar de los recuerdos que su vista evoca.

En los demás espacios se alzan las tiendas que solo se ocuparán durante la Verberna y terminado el concierto.

Las condiciones de alumbrado, calefacción y vuelta a París han sido atendidas escrupulosamente, y todas las exigencias están resueltas: tres mil coches de la compañía esperarán, y con bonos que los concurrentes podrán tomar a la vez que los billetes, se asegurarán coches desde las doce de la noche hasta la madrugada, según los precios de los bonos, que no exceden de 6 francos para los que más esperen.

El público que entre con los billetes de butaca se instalará en las vastas graderías que resultarán vacantes entre los cuatro estrados: los muros y remates del Hipódromo, hasta encontrar el techo, estarán cubiertos con cuadros de tapices del Estado, que este presta, grupos de arbustos, escudos sobre banderas y otros adornos.

Todas las cercanías del Hipódromo estarán enarenadas, y las entradas y pasos interiores alfombradas. La circulación será libre por la sala y corredores durante el concierto.

Está asegurada una temperatura general de 20 grados. He aquí el orden de los recreos y festejos que se sucederán durante tan deleitosa noche. Se nos olvidaba decir que en la Giralda se ostentan enormes campanas, que con sus repiques señalarán el orden de la fiesta. Ellas anunciarán a las nueve en punto que comienza el concierto.

*La fiesta* (De nueve a doce de la noche)

1º. Sinfonía por la orquesta que dirigirá Olivier Metra.

2º. Pieza de conjunto por veinte pianos, por M. Kowalski.

3º. Fanfarria inglesa.

4º. La plegaria de *Moisés* (coros, orquesta y arpas).

5º. Gran fantasía, por la música de la guardia republicana.

6º. Cortejo de toreros con música española.

7º. Sinfonía de *Taanäihser*, de Wagner.

8º. Bailable, por el cuerpo de la Ópera, dirigido por la señorita Mauri, de la misma.

9º. Música austríaca.

10º. Coro de *Esther*, de Jules Cohen, por todas las orquestas.

11º. Bailable, de la Ópera, y *gran farandola*, acompañada por todos los coros y orquestas.

En este programa es notable y digno de señalarse, la parte que toma la música austríaca, que es la del segundo regimiento de artillería; la de los *Scotts fusiliers* de la Gran Bretaña, y los 25 arpistas de París, ejecutando la *Plegaria* y la *Tarantela*.

Lo más notable será la entrada, presentación y desfile de los toreros con ocho picadores, mulilleros, 16 banderilleros, alguaciles, orquesta de 23 guitarristas en traje andaluz, bailarinas y demás personal que se espera de Madrid. Sobre el efecto de este desfile a través de todo el Hipódromo y por los espacios libres del inmenso tablado fundan grandes y legítimas esperanzas los organizadores de la fiesta.

La *Farandola* que tanto gusta al público parisién, será monstruosa por lo fabuloso de sus elementos. Todos los teatros que disponen de cuerpo coreográfico lo envían, y así, estos *ballets*, el de la Ópera, los guitarristas, los toreros, los gitanos, mezclándose en la confusión delirante de una farandola, ofrecerá un aspecto tan mágico que enloquecerá a los espectadores.

Acompañarán esta danza loca todas las músicas a un tiempo. Será un momento de realización de los más exagerados ensueños del edén musulmán.

A media noche se inaugurará el baile en la sala que sirvió de picadero: en uno de sus fondos se ha levantado un teatro, sobre el cual se oirán las piezas y trozos más divertidos, teniendo además el jugador de manos, señor Hermann, un estrado especial en la misma sala. Flores y arbustos, tapices y bronce, adornarán esta sala, como la del Hipódromo, y el *buffet* se instalará en las caballerizas y será servido por las más bellas señoritas del comercio de París.

Las casillas de los caballos se convertirán en esos famosos *gabinetes* de follage en que ofrecen servicio a parte las fondas de París. En esta sala de baile se rifará la Tómbola á última hora.

En la sala del Hipódromo se comenzará a las doce y al toque de campanas la verbena, o sea la *kermesse* que se anuncia animadísima y enloquecedora por los delicados y originales detalles que la caracterizan.

Nuestro amabilísimo compatriota Madrazo ha ofrecido hacer los buñuelos, pero con excepción del humo y del olor desagradable, porque serán crespillos. Vibert hará los retratos de los que gusten pedírsele.

Christian y Dupuis repetirán hasta fatigar la risa, sus gracias ingeniosas. Celina Montaland venderá chucherías españolas y alhajas; Judie será sonámbula, asomada a lo alto de su cabaña-tienda, desde la cual dirá la buena ventura a cuantos estén dispuestos a pagarla. En fin, más de doscientas señoras, todas cuantas brillan en los teatros de París, rivalizarán en humor, en sonrisas, en gracias e ingenio por aumentar, a expensas de los bolsillos de los concurrentes, el peculio que ha de ir a enjugar lágrimas por las desgracias sufridas en España.

Los Franconi tienen su estrado a parte para sus juegos icarios, los Hércules del Norte y ejercicios de habilidad y fuerza.

El *Mundo Parisién* ha organizado un concierto burlesco por todos sus jóvenes redactores, y su tienda será regentada por la señorita Humberta.

La *Ilustración* pondrá un precioso kiosko, construida al efecto, en que la señorita Barttet, de la Comedia francesa, venderá dibujos originales de los más célebres autores.

El *Mundo Ilustrado* será representado en su mostrador especial por la célebre señorita Croizette.

La *Vida moderna* se hallará representada por las señoras Sarah Bernhardt y Barretta, ambas del Teatro Francés, y por la señorita Louise Abema, la reputada pintora. Venderán ricos tesoros de arte, y entre ellos, un ejemplar del *Ruy-Blas*, ofrecido por Víctor Hugo, en papel de Holanda y con autógrafo del autor; una plancha tirada tan sólo

a cien ejemplares numerados sobre papel China con versos inéditos y autógrafos de Víctor Hugo, Theophile Gautier, Theodore de Bauville, François Coppé, José María de Heredia, Armand Silvestre, etc., y cincuenta panderetas españolas pintadas por Bonnat, Bollon, Worms, Madrazo, Rico, Jacquet, Clairin, Popelin, etc., así como numerosos grabados en papel de China.

La tómbola se compondrá de 3 o 4.000 lotes, en su mayor parte de provecho y en gran número de valor considerable, como la magnífica jardinera de porcelana de Sèvres regalada por el ministro de Bellas Artes; un piano de Herz; *Los Evangelios*, traducidos por Bossuet, magnífico ejemplar de 1.000 francos que ha regalado la casa Hachette; un *panneau* o cuadro bordado (2.500 francos), regalo de los almacenes Petit Saint Thomas; dos alfombras de Oriente (2.000 francos) con más de 500 lotes dados por el Louvre; el reló de lapizlázuli del profesor Hermann; un escudo damasquinado, estilo español, pieza de gran mérito; un billete para circular gratis por una de las líneas de ferro-carriles de las cinco grandes compañías francesas; casi todos los autógrafos del *París-Murcia*; cuadros de Saintin, Landelle, etc.; dos ejemplares del *Quijote*, uno el de la Academia, ilustrado; otro el fototipográfico, de Fabra, que copia la edición primera de 1605; cuyos ejemplares, ricamente encuadernados, los ofrecen los periodistas españoles residentes en París; la *Historia de los Judíos*, por Amador de los Ríos, que ha ofrecido para el mismo objeto el editor español Sr. Dorregaray; en fin, multitud de objetos de que el comercio y la industria han hecho donativo generoso.

La prensa francesa es la que ha organizado y dirige la fiesta del Hipódromo, pero todos los periódicos se complacen en hacer pública su gratitud hacia las personas todas cuyo auxilio han solicitado. El gobierno, que ha abierto sin reservas su Guarda-mueble; la ciudad, que promete entregar al saqueo sus estufas; las compañías de coches, que han aceptado los contratos; la del gas y la del alumbrado eléctrico, que han concedido grandes rebajas; el comercio; todas las colectividades y agrupaciones a que se ha dirigido el comité corresponden con un afecto e interés que excede a toda ponderación.

Los teatros son los verdaderos asociados de la obra por el concurso de su valioso personal.

La Ópera lleva al Hipódromo a las Sras. Heilbronn, Franck Duvernoy, Rosina Bloch, Blum, Sangalli, Baugrand, Mauri, Fonta, Sanlaville, Montanbry, Righetti, Monchaniu Rounier y las hermanas Biot.

La Comedia Francesa a las señoras Favart, Croizette, Sarah Bernhardt, Reichemberg, Barretta, Broisat, Lloyd, Samary, Bartet, Dudley, Martin y Blanca.

La Ópera Cómica, las señoras Carvalho, Bilbault-Vauchelet, Engaly, Ducasse y Moisset.

El Odeon, las señoras Leblanc, Berge y Antoinene.

Variedades, las señoras Schneider, Silly, Lasaeng, Judie, Celine Chaumont y Beurnaine.

Gymnasio, señoras Angelo, Jeune May, Alice Regnault, Henriot, Helene Monnier y Dinelli.

Palais-Royal, señoras María Magnier, C. Faibre, Lavigne, Granville, Marot, Bert-hon, Dezodez y Raymonde.

Bufos Parisienses, señoras Clary, Soalini, Albert Mary, Rivero, Jeanne Becker, Lhuter, las hermanas Lynnée, Gabrielle y Fany Robert.

Puerta Saint-Martin, señoras Thed, Vaughel, Rosa Blanca y Sergeut.

Folies Dramáticas, Sra. Girard.

Nuevo-Lírico, Sras. Peschad y Jost.

Ambigú, Sras. Munte, Gauthier, Luisa Magnier.

Renacimiento, Sras. Granier, Hading, Zulma Bouffar, Desclauzes, Gelaber, Neumann, Mily-Meyer, Piceolo y Panseron.

Fantasías Parisienses, Sras. Humberta y Rosa Mencyas.

Teatro de las Artes, Sras. Legault hermanas, Davray, Clery, Rejane, Alisa Lody, Massin y Kalb.

Novedades, Sras. Celina Montalaud, Donvé, Bodé y Lebon.

Ateneo Cómico, Sra. Bade.

El Dorado, señorita Bonnaira.

Podrían añadirse infinitos detalles para dar una idea del entusiasmo y animación que produce esta fiesta.

Gambetta ha pagado 5.000 fs. por su palco.

El *Fígaro* dice que se pondrán límites a las exigencias de las damas en la venta, y que la autoridad intervendrá cuando pidan más de veinte mil francos por un cigarro o por una flor.

Algunos de los lotes de la Tómbola se componen de documentos fonógrafos, o sea de planchas, en que están trazadas canciones de Judie, palabras de Sarah-Bernhardt, sentencias de Víctor Hugo, etc., y que el ganancioso podrá hacer repetir cuando quiera al fonógrafo.

El tiempo, por crudo que sea, no influirá para nada, pues se tomarán todas las medidas necesarias para vencer o evitar sus efectos.

[*EL IMPARCIAL*, 19 DE DICIEMBRE DE 1879, PÁGINA 2].

*LA FIESTA DE PARÍS.*

(Telegramas transmitidos por nuestro corresponsal especial).

(París 18, 9 de la noche).

Inmensa e indescriptible animación en el Hipódromo. Desde las últimas horas del día innumerable muchedumbre acudía a las cercanías del Hipódromo. Las puertas se han abierto hace pocos momentos y una oleada humana ha penetrado por ellas. La fiesta no comenzará hasta las diez y media. Gracias al sistema de calefacción empleado desde hace dos semanas, el Hipódromo se encuentra a una agradable temperatura, y más bien se creería uno en un país tropical que en un edificio levantado sobre terreno cubierto por medio metro de nieve.

El aspecto de la sala es verdaderamente sorprendente. Más de siete mil luces de gas y ciento de Pablokoff alumbran los edificios que se encierran bajo este magnífico techo de hierro y cristal. Las elegantes siluetas de la espadaña central y de los puestos y estradillos recórtanse con graciosa precisión en una ola de luz vivísima.

Al entrar, atrae en primer lugar la atención la torre que representa la Giralda y la casa de Murcia con sus palmeras enanas, sus plantíos de nopales y sus abanicos de pitas.

Acaba de llegar Sahara Bernhardt. Ostenta un tocado de violetas, y su esbelta figura se destaca al lado de Mr. Levey, que la conduce del brazo, acompañándola hasta la tienda donde ha de vender flores naturales características del jardín español, acuarelas, borrones y cartones de Carolus Durand, Raimundo Madrazo, Grevin, Dranner y otros, que a las cinco han depositado sus obras en la secretaría de la comisión del Hipódromo. La emoción de la noche se reserva hasta saber quién adquirirá una pequeña obra de estatuaria debida al inspirado cincel de la accionista y *étoile* del teatro francés.

Al salir del Hipódromo para poner este telegrama, hálleme con nuevas oleadas de gente y con innumerables carruajes que acuden a toda prisa. Es difícil abrirse paso, y la circulación de coches no es del todo ordenada, a pesar de que la inteligente dirección de los *sergents de ville* logra encauzar la línea de vehículos que desfila lentamente después de dejar a los invitados.

París 18 (11,35 noche).

A las diez comenzó la fiesta. La Orquesta de Olivier Metra ejecutó la obertura de la *Muette de Portici*; doscientos músicos obedecen la batuta del ilustre maestro.

El auditorio reconoce a la orquesta de los bailes de la Ópera. Únese a la armonía de la música el sonar de las campanas de la esbelta torre que simula la Giralda, cuyas vibraciones metálicas alegran todos los oídos.

¡Qué bello aspecto ofrece el cuadro!

A las diez y cuarto llegó S. M. la Reina doña Isabel, acompañada de la marquesa de Alta-Villa y otras damas de su servidumbre.

El Comité organizador y una brillante pléyade de hermosas damas, ilustraciones de las artes y las letras y representantes de la colonia española esperaban a la Reina. El Presidente de la república, Mr. Grevy, no ha asistido a la función para que la Reina pueda presidirla.

Pasa S. M. al palco del Presidente, y una vez en él, saluda con repetidas inclinaciones de cabeza al público, oyéndose en distintos lugares voces de ¡Viva España! ¡Viva Murcia! Al lado del palco de la Reina hállase el que ocupa Mr. Gambetta, y otros palcos inmediatos son ocupados por los ministros, la embajada española y el cuerpo diplomático extranjero.

No es posible pintar a vuela pluma la animación que resulta de combinarse los negros fraques de los caballeros con las claras *toilettes* de las damas. Al acabar la overtura de la *Muette de Portici*, suenan los primeros aplausos, que no han de cesar sino por breves intervalos durante toda la noche.

Después la *Marcha húngara* de Kowalski, y la *Mascarada de Artaud* suenan, ejecutadas en 15 pianos, produciendo una sonoridad maravillosa. Breve detención; llegan nuevos invitados en grandes grupos y se produce una ligera confusión en las puertas de entrada. ¡Los toreros! ¡Los toreros! Este grito, que se oye en todas partes, sale de las bocas de muchas lindas damas con diferentes acentos. La gran *Marcha de las Antorchas* (núm. 1), sirve para el paseo de los diestros. Primero van los espadas Lagartijo, con traje marrón y plata; el Gordito, azul y oro; Gonzalo Mora, tabaco y oro, y Pastor, encarnado y oro. Siguen los alguaciles, picadores y cuatro cuadrigas de mulillas. Su aparición es saludada por una estrepitosa salva de aplausos.

La cuadrilla da una vuelta por la pista, atravesando al compás de la orquesta de bandurrias dirigida por Más que comienza el paso doble de Pepe-Hillo, apenas termina la *Marcha de las Antorchas*, la cuadrilla recorre la calle formada por las tiendas y estrados de las artistas de Mr. Franconi, Sahara Bernhardt, la Croizette y las discípulas del conservatorio. Lluve sobre los toreros gran copia de flores. Ellos saludan con las manos y quitándose las monteras. Al pasar por delante del palco regio, los diestros se detienen. Detrás de la cuadrilla y entre la orquesta de guitarras van los *cantaores*: cuatro mujeres y cuatro hombres. De estos citaré a Romero, y de aquellas a la María, bien conocidos de los aficionados al cante flamenco.

En este momento llega el Rey Francisco de Asís y ocupa el tercer palco, al lado del de el Presidente, entre el de Mr. Gambetta y Mr. Waddington.

La overtura de *Oberon*, ejecutada por la música de la Guardia Republicana, y un wals, por la orquesta de Metra, sirve de prólogo a la sección de cante flamenco, que se

inaugura entre atronadores bravos cuando la María aparece delante de la fila de los toreros. Es un cuadro verdaderamente español que recuerda las escenas de la *Colomba* del popular Merimée el que ofrece aquella brillante reunión de trages bordados y rostros morenos, en medio de la cual suena la acompasada cadencia de las guitarras y bandurrias y la voz melodiosa de la *cantaora* sevillana.

Cada copla produce tempestades de aplausos, vivas a España, a Sevilla y a los toreros. Viene luego el paso español ejecutado por la célebre bailarina valenciana Rosita Mauri, cuya pandereta, en que Carolus Durand ha pintado una escena de toros, es rifada entre siete números, vendidos cada uno a 1.200 francos.

Nueva ovación para el arte español, que se aumenta cuando los gitanos bailan sobre un tabladillo, en cuya tarima produce alborotador ruido el mover de los pies de las *bailadoras*. Monedas de oro y flores, caen entre aquellos pies. Las monedas se depositan en la alcancía de los pobres, y las flores se venden en pública subasta. Los procedimientos lucrativos encuentran en todas partes eficaces admiradores.

Mientras todo esto sucede, en un lado y dentro de una góndola del siglo XIII, hecha de *carey* y azogues, la Judith, la ilustre actriz ha comenzado a decir la buena ventura. Aun cuando esta parte del programa no debía empezar sino después de terminada, la parte de canto y música, la Judith no ha podido menos que acceder a los ruegos de los dos diplomáticos, que ofrecieron pagar largamente el privilegio de alterar el orden preestablecido.

A la hora en que abandono el local falta la parte más interesante de la fiesta. A las doce, después de la farandola (baile provenzal), la marcha del *Tannahuser* por los coros de la Ópera y la salida de los toreros, empezará la rifa y venta de objetos, entre los que figuran 7.000 cigarros, 450 cajillas de fósforos construidas en las Provincias Vascongadas, 4.000 fotografías de cuadros del Museo del Prado, 4.000 vistas de paisajes españoles, 200 abanicos, 200 frasquetos de anisado, 200 ejemplares de piezas de música española, 150 mantillas, 200 puñales de Toledo y 100 dagas damasquinadas, etc., etc.

Ya describí días pasados las tiendas *del Monde Illustrée* y de la *Illustration*. La Giralda, siendo bellísima, luce poco por la altura del techo de cristal que por más que es alto no basta a la elevación de la aguja. No tengo tiempo de dar más detalles.

He visto entre otras muchas damas a la princesa Hohenlohe, condesa de París, duquesa de Montmorency, marquesas de Campo Sagrado, Peñaflor, Cartagena, duquesa de Fernandina y otras muchas. MONTES.

[EL LIBERAL, 23 DE DICIEMBRE DE 1879, P. 4]

LA FIESTA DE PARÍS-MURCIA

El local.

El acto solemne y conmovedor se ha celebrado en París la noche del 18 de diciembre de 1879 con el título que encabeza estas líneas; ha sido la explosión más grande e inolvidable, el triunfo más deslumbrador que el sentimiento de la caridad, los delirios de la fantasía o las ambiciones del más noble corazón podían apetecer.

Narrar lo que se ha visto es tan difícil como pintar el edén que recorre y disfruta la fantasía del musulmán.

El aspecto del Hipódromo a las diez de la noche en que la ex-reina Isabel se sentaba en el palco presidencial precedida del director de la fiesta y acompañada del embajador de España, excedía a la más rica ilusión que en la mente forman todos los cuentos de hadas y todos los poderes atribuidos a la magia.

La combinación de luces de gas, aquí en festones, allá en globos, o formando dibujos y grupos o consteladas en vaga confusión con las simpáticas y blancas luminarias eléctricas endulzadas por los blandos tonos del esmerilado cristal, o libres y corriendo como rayos de soles misteriosos a través de la atmósfera que trazan las más variadas trayectorias, con las modestas lamparillas de los vasos de colores, medio ocultos en los céspedes de los trozos de jardín que se ocultan y reaparecen en los arbustos y en las casas, y a ratos con las vivas y encendidas tintas de las luces de bengala, producía a los ojos esa fascinación que la naturaleza ofrece a veces con sus pintorescos contrastes de luz en las puestas del sol de contados o inolvidables días.

Las inmensas graderías cubiertas de damas con trages blancos y en su mayoría escotadas, cientos de ellas con mantillas blancas y flores, con radiantes rastras de diamantes cuyos destellos avergonzarían las fosforescencias de los mares tropicales, unas con las grandes peinetas de nuestras bisabuelas, otras con diademas y broches; los palcos aún más bordados y enriquecidos, y casi todos los hombres de frac, corbata y guante blanco, formando entredos en el pasillo de circulación *partout*, o prestando en cerradas líneas sobre el tablero central relieve a las construcciones y cabañas agrupadas en el centro, formaban un tapiz por el cual ya que era imposible cruzar en todos sentidos, como lo ansiaba el deseo, rodaban las miradas hartando los ojos de sublimes sensaciones.

Estas impresiones que algunos han podido sentir en locales reducidos, aquí se desplegaban en el espacio gigante donde se instalan 7.000 personas, riéndose, sintiéndose y como codeándose todas y ninguna víctima de la menor molestia.

Los conciertos.

Cuando la orquesta de Metra de 200 ejecutantes comenzó la introducción de la *Mutta*, el silencio y atención de todos dio a los acentos de la música tal valor y resonancia, que cada nota hablaba a los 7.000 corazones con la misma impresión. Los quince pianos que luego ejecutaron dos piezas, la *Marcha húngara* y una *Mascarada*, produjeron verdadero efecto. Pero cuando los coros de la Ópera, con el concurso de los discípulos del Conservatorio, las harpas y la orquesta entonaron la *Plegaria del Moisés*, la emoción fue indecible por el eco, la majestad, la armonía arrobadora de la composición unida a las sensaciones de los demás sentidos.

Los artistas españoles.

Bajo esta noble impresión un redoble de tambores anuncia algo deseado; pasa un momento de impaciencia y vense aparecer los elementos españoles. Los aplausos estallan al solo adivinarlos.

Abren la marcha los guardias civiles, sigue la música de artillería tocando, detrás van los músicos de ingenieros en correcta formación. Cada grupo distanciado, irreprochable, apareciendo y desapareciendo por entre las construcciones del centro, ya descritas otro día, y por enmedio de ese festón de fracs y corbatas blancas, de comisarios, agentes e intrusos, que ocupaban el inmenso tablado, de modo que a la aparición de cada uno, los aplausos y bravos estallaban, las palmadas se corrían siguiéndolos, el entusiasmo se encendía en el público como reguero de pólvora, y durante un momento, mientras duraron las dos vueltas que hicieron estos elementos, la segunda tocando la banda de ingenieros, la sala entera no era más que como el inmenso hurra de un ejército que se hubiera sostenido, cual tenaz bramido de viento y de las olas en el mar.

Francia se conmovía con el marcial y apuesto aire de los 25 guardias civiles, porque la nación ha pasado días terribles y angustiosos de intranquilidad, hasta llegar a la calma que hoy goza, y sabe cuánto valen los elementos de respeto, de vigilancia y de

seguridad que representan en la vida de los pueblos a la autoridad por ellos mismos levantada, y la que se rodea de tanto amor y devoción hoy, como antes se miraba con recelo y prevención creyéndola injusta.

El público del Hipódromo se electrizaba a los entusiastas y resueltos acentos de nuestras bandas militares en un desfile rápido y fiero, y con un compás marcado con estrépito formidable, porque la nación francesa cultivada y afiligranada por un espíritu de progreso delicadísimo en todo ha simplificado y pulido sus músicas militares, les ha dado acentos tiernos y dulces, y los viriles y ardientes de nuestro carácter les recordaba un pasado de glorias y de brillantes esplendores.

Cuando después comenzó el desfile de los elementos de recreo de nuestro desventurado pueblo, los alguaciles del ayuntamiento, con sus negros uniformes y cabalgaduras, los espadas con sus relucientes y afiligranados trages, su resuelto y airoso andar, y sus graciosos saludos a la presidencia; las cuadrillas, con el espléndido conjunto de sus atavíos, colores de capas y trages, y su animada actitud; los picadores con sus célebres sombreros, y los muleteros, con su singular oficio, entonces el público al contemplar estas evocaciones de la España en sus horas de gran deleite; al ver de remate la banda de guitarras y las cantoras, que trasladaba enteramente la imaginación a cuanto de animado, bullicioso, alegre y placentero, tiene esa España de la pandereta y la manolería con que aún sueñan todos los franceses, inflamó cual si hubiera sido verdadero apasionado de las corridas, o cual podía haberlo hecho un público de la más entusiasta de nuestras ciudades.

Las cuadrillas se colocaron desplegadas en largas filas ante los comisarios, centelleando las lentejuelas y bordados de sus trages a los rayos de la luz eléctrica, y las músicas pararon para dar ocasión a los guitarristas a que ejecutaran dos piezas al pie de la presidencia; una de ellas cantada y ambas recibidas con grandes y ruidosos aplausos.

#### *Los bailables.*

Después la música de la guardia republicana, que desde su tribuna, ejecutó admirablemente la sinfonía de *Guillermo Tell*. A seguida la orquesta entonó un precioso bailable sobre nuestros aires patrióticos, y el cuerpo coreográfico de la Ópera se adelantó entre murmullos de admiración y aprecio, vestidas todas las bailarinas españolas con sus graciosos abanicos y con las mantillinas indispensables, airosas, sueltas y saltando y ejecutando nuestras danzas con una pasión y un entusiasmo verdaderamente españoles.

Las dirigía y acaudillaba nuestra compatriota Mauri entre delirantes aplausos, que estallaron más nutridos cuando uno de los espadas lanzó su capa para que pasara, y ella la pisó con exquisita coquetería. Este bailable fue aplaudidísimo, y el desfile por todo el tablado del cuerpo coreográfico se convirtió en una ovación.

La segunda pieza de los coros alternó con las de nuestras bandas, y luego siguieron otras de la orquesta hasta que aparecieron a lo lejos deslizándose como mariposas, las *Cazadoras de amor* del teatrillo del antiguo Skatin, asidas en grupos, patinando, aéreas con sus graciosas alas y sus amenazadores arcos, abriendo el desfile total de la farandola con que se dio fin a la primera parte de la fiesta. En este desfile tomaron parte además todos los comisarios de la fiesta que ostentaban, como distintivo, hermoso clavel reventón artificial con cintas, de nuestros colores españoles, y componían el cuerpo de ella bailarinas, cuadrillas y demás elementos.

#### *La Verbena.*

Las campanas de la diminuta Giralda redoblaron para abrir la Verbena, y las tandas de caballeros que asediaban las puertas invadieron el tablado al tiempo que las vendedoras, con sus graciosos trages; los servidores de las tiendas, con las provisiones para



surtirlas, y pronto los cientos de señoras que abandonaban tendidos, palcos y tribunas invadieron el tendido y corrieron a examinar de cerca la pequeña Murcia, sus tiendas y edificios, los trages, las gracias y donaires de las 300 hadas que se disponían a ejercer su sacerdocio de caridad, poniendo a prueba los corazones y los bolsillos de los concurrentes.

¡Qué pujas y competencias, qué esfuerzos y heroicidades de amor propio, de fiereza, de vanidad, de orgullo, de generosidad, de ingenio en los doscientos grupos, que eran como espesa red de aquella masa humana estrechándose y empujándose todos por ser primeros delante de cada hada y alrededor de cada tienda!

¡Y qué exhibir gracias, bellezas, encantos, riqueza, lujo, gusto, distinción una, seducción otra, tentaciones algunas, para ser las más rodeadas, las más atendidas, las más solicitadas, las preferidas del afán, del agasajo, de las aclamaciones y de la expansión de generosidad de los más ricos y dispuestos a distribuir el contenido de sus bolsas!

*Las vendedoras.*

La tienda majestuosa de la *Vie Moderne*, con todos los esplendores ya descritos otro día, levantaba a Sarah-Bernhardt sobre su trono, pero no pudo quedar un momento en él, porque cien voces la solicitaban para que ella misma entregara lo que pedían, no obstante tener al lado tres bellísimas compañeras, y al pie, y sirviéndola, profusión de pintores afamados que voceaban y sacaban a subasta los objetos.

No paró en toda la noche de firmar retratos suyos la supuesta reina de Castilla, deslumbradora de riqueza y de elegancia; y las panderetas pintadas alcanzaban precios de 2.000 francos las de los más célebres autores, y de 500 las que menos, mientras todos los objetos eran disputados por cientos de manos, que parecían esos purgatorios que se nos enseñaba de niños en estampas iluminadas. 18.000 francos recogió esta preciosa tienda, de los cuales entregó 6.000 en la propia noche.

La *Ilustración*, dirigida por el mismo Luciano Marc, estaba encabezada por las Croizette, Reicheruberg, Broisar y Feernaux, y recogió 3.768 francos.

El *Mundo Parisièn*, con su concierto burlesco, acaudillado por Humberta, entregó 4.350.

La Théo, con sus llorones y muñecos, sus estampas y sus propios retratos, reunió 3.000 francos, pues vendía cada una de sus fotografías a 20 francos, firmada con lápiz a 100 y con tinta a 200 francos. Estaba encantadora con su precioso traje de paisana, y todas las manos se disputaban por encontrarse con las suyas.

La tienda de los *Franconi*, dirigida por un falso Loyal, hizo desternillar de risa y abrir no pocos bolsillos.

Las tiendas de lechería, las prenderías improvisadas a los pies de los figurados palacios, las tiendas de tabacos, de frutas, de abanicos y mantillas y encajes, todo era disputado, y las vendedoras asaltadas, empujadas, impulsadas, a que dieran preferencias.

La Judie era invisible al público, y había que entrar a verla en su carri-coche de sonámbula. Llevaba un traje de terciopelo oscuro, y su cabeza estaba envuelta por los atributos de un nigromántico, y ningún consultador salía descontento de sus vaticinios, pues recogió también 3.000 francos.

Fue la misma cantidad que reunieron también Legault y Bergé con solo un canastillo de flores y frutos, y otros dos grupos que vendían también flores, llegaron a la misma suma cada uno.

[Sigue un largo elenco de personas e ingresos, que omito].

*El público.*

El público estaba embebecido, porque no hacía más que codearse con aquellas diosas de todas las escenas, que cogían del brazo al joven como al viejo, que ponían una flor en el ojal del más serio, o colgaban un juguete de su cadena de reló como dije. Una se acercaba desnuda de hombros y con brazos soberbios, ojos encendidos y sonrisa provocadora, espléndidos pechos casi al aire y chispeantes joyas, y alargaba una copa de Champagne; otra, seria y majestuosa, envolvía con su aire la timidez del transeúnte para que sus manos se tendieran a recibir una estampa, un periódico, un silbato o cualquier otra fruslería. El público no miraba lo que le daban, sino las esplendideces de las que se acercaban.

El *buffet* no bastó a satisfacer apetitos; el baile quedó casi desierto. ¿Quién abandonaba aquella dulce y deleitosa confusión, aquel roce y contacto de genios, diosas, tipos acabados de todos los países, de todas las fantasías, álbum realizado de las infinitas creaciones de Grévin? ¿No es el sueño de tantas gentes hablar y tratar, ver de cerca esas reinas y esos genios de las tablas, esas mariposas de los bailes, esas heroínas de las comedias y operetas más en boga? Pues ese *foyer* de la danza tan apetecido en la Ópera, estaba allí entero y esparcido; secretos de esos bastidores de los teatros se desplegaban allí sin reserva. Todas las ilusiones y aspiraciones que los hombres sienten en las horas de recreo, las realizaba la sola estancia y el paseo sobre aquel tablado maravilloso.

Así los caballeros que llevaban a sus señoras del brazo hacían intimar a estas en todos los secretos de las horas pasadas por los hombres lejos del hogar, y era de ver el valor, el asombro, el estudio y observación de las miradas de estas damas fijando sus ojos en todos aquellos atractivos. Muchas de estas señoras habían acudido con careta; pero se despojaron en seguida de ella, al convencerse del respeto y dignidad con que, sin el más ligero incidente, se guardaron todas las consideraciones, y el tono distinguido que no cesó de reinar hasta en los detalles más insignificantes de la reunión.

A las seis terminó la fiesta, que desde las tres y media había perdido su confusión, pero no su animación o intimidad, que no cesó un instante y fue el principal encanto y mérito de la inolvidable noche.

El éxito brillantísimo, el resultado fructuoso, el recuerdo indeleble de las sublimes sensaciones experimentadas, dicen que esta fiesta inaugura la nueva época del recreo de una sociedad que ha llegado a refinamientos de ingenio y de gusto inimaginables. Que siempre se repitan con sentimientos y tendencias tan nobles como las que han inspirado esta, y el resto de la humanidad que no las disfrute, en vez de envidiarlas, no ansiará sino gozar de ellas o imitarlas por todos los ámbitos del mundo. Los ideales nobles y rectos se propagan rápidamente. S.

[*LA IBERIA*, 20 DE DICIEMBRE DE 1879, P. 2].

*LA FIESTA DEL HIPÓDROMO EN PARÍS.*

Las noticias recibidas en Madrid del gran acontecimiento verificado en la capital de la vecina república en la noche del 18 del actual para socorro de las desgracias ocasionadas en las inundaciones de las provincias de Levante de nuestra patria son las siguientes: Veinte mil personas rodean el Hipódromo a las 9 de la noche, y la muchedumbre crece por instantes. El local, calentado durante quince días consecutivos, goza de una temperatura mínima de 20°. Por medio de un complicado sistema de biombo y de construcciones tan originales como magníficas, están interceptadas absolutamente las corrientes de aire. Se han desobstruido y enarenado las avenidas que conducen al Hipódromo y establecido inmensos cobertores para los carruajes. Cinco vastísimos guarda-

ropas, dirigidos por los más hábiles y espertos empleados de los grandes teatros, se hallan prontos a funcionar de una manera tan rápida como sencilla.

La noche es hermosa y templada, relativamente hablando. El Hipódromo resplandece como un fantástico palacio de hadas. Siete mil luces de gas y ochenta focos de luz Jablochhoff lo iluminan *á giorno* produciendo efectos indescriptibles. No se puede a primera vista apreciar el maravilloso conjunto. El público deslumbrado saluda con vítores y hurras al arquitecto Arveuf, autor de la traza y del prodigio. Óyense en todas partes palabras españolas, y vense mantillas y trajes andaluces. Los concurrentes se creen y sienten trasportados a España.

La Giralda, que sostiene 30 campanas afinadas y concertadas, atrae desde luego la atención del entusiasmo público, que camina de sorpresa en sorpresa. Más allá se ve una casa de aldeano de Murcia, pintada por Cheret; después el retablo de Murcia, ejecutado por los Sres. Scoti, Vierge (Urrabieta) y varios dibujantes españoles, y construida a expensas del *Monde Illustré*; más allá la casa construida para *L'Illustration* por Poissou, con arreglo a un motivo del claustro de la catedral de Santiago; un taller de pintor ocupado por los señores Vibert y Madrazo, que expenden acuarelas, dibujos y bocetos.

Ha empezado la fiesta. La orquesta de 200 profesores, dirigida por Olivier Metra, ataca la sinfonía de *Mutta di Portici*. Unánimes aplausos. Suenan en los 15 pianos de la casa Herz, sobrino, la *Marcha húngara*, de Kowalski y la *Mascarada Artaud*, ejecutadas por reputadísimos maestros.

*Gran marcha de las antorchas*. Llegó su turno al desfile de las cuadrillas españolas, la parte de la fiesta esperada con mayor impaciencia por el público. Abrían el cortejo los guardias civiles españoles, cuya aparición fue saludada con un aplauso unánime y bravos entusiastas. Seguían las músicas de artillería e ingenieros españolas tocando unidas, a las cuales se les obligó a dar dos veces la vuelta alrededor del gran tablado central entre los vítores de la concurrencia. El entusiasmo subió de punto ante la aparición de las cuadrillas de toreros. Entran con incomparable gallardía los espadas Gonzalo Mora, el Gordito, Lagartijo y Ángel Pastor, seguidos de los alguaciles, picadores, banderilleros y mulillas, y escoltados por los guitarristas flamencos al son de alegres aires españoles. La cuadrilla da una vuelta por la pista, atravesando al compás de la orquesta de bandurrias, dirigida por Más, que comienza el paso doble de Pepe-Hillo apenas termina la *Marcha de las antorchas*. La cuadrilla recorre la calle formada por las tiendas y estrados de las artistas de Mr. Franconi, Sahara Bernhardt, la Croizette y las discípulas del Conservatorio. Lluve sobre los toreros gran número de flores. Ellos saludan con las manos y quitándose las monteras. Al pasar por delante del palco regio, los diestros se detienen.

Detrás de la cuadrilla y entre la orquesta de guitarras van los cantaores: cuatro mujeres y cuatro hombres. De estos citaré a Romero y de aquellas a la María, bien conocidos de los aficionados al cante flamenco. Inmensa sensación. La muchedumbre aplaude con frenesí o interrumpe por un instante el desfile del cortejo. Estallan vivas y aclamaciones a España.

Coro de *Esther*, de Jules Cohen, ejecutado por los coros de la Ópera, por los alumnos del Conservatorio y por las orquestas, y dirigido por Cohen en persona. *Pot pourri* por las guitarras y bandurrias. La excelente música de la Guardia republicana, dirigida por Sellenick, ejecuta la sinfonía de *Guillermo Tell*, y los coros de la orquesta y arpas la *Plegaria del Moisés*. Hay un momento de descanso.

Sinfonía de *Oberón* por la Guardia republicana. Tanda de walses de Metra. Canto y baile flamencos, repetidos a instancias del público, que parece enloquecido por el entusiasmo. Este aumenta, si hay aumento posible; después del paso español, bailado deliciosamente por la Srta. Rosita Mauri. Bailables por los cuerpos de la Ópera. Marcha de

*Tanhauser* por los coros y alumnos de la Escuela de Música, bajo la dirección de Cohen, y por los 200 profesores de la orquesta de Metra. Marcha española, por nuestras músicas de ingenieros y de artillería, dirigidas por los señores Pintado y Malmó. Grandes aplausos. Bailable por doscientas señoritas de la Ópera popular, teatro Porte Saint-Martin, Foliès Bergere y Skatin. Efecto sorprendente saludado por unánimes aplausos. Invitación al wals por la orquesta, con acompañamiento de las 30 campanas de la Giralda.

Lo indescriptible ha sido el efecto de la farándula. A una señal de Metra han comenzado todas las orquestas, las músicas militares, los pianos, las arpas, las guitarras a entonar esa música enloquecedora para los franceses, y a la vez han aparecido moviéndose, en bailables, danzas, polos, soleás, malagueñas, paseos de toreros, cantos flamencos y coros, millares de artistas en los escenarios perfectamente situados para apreciar el conjunto, formando todo ello una confusión de sonidos, actitudes, trajes y voces que han producido un momento de delirio en toda la concurrencia.

Las campanas de la Giralda han puesto término a ese momento de verdadera locura, anunciando la hora de las doce y el comienzo de la verbena. A la una de la madrugada del día 19 empieza la verbena. El público comienza a mirar los palcos y kioskos. Circulan en todas direcciones señoras enmascaradas, y se hacen admirar las damas más hermosas de París y de la colonia extranjera. Allí están doña Isabel de Borbón, la condesa de París, princesas Hohenlohe y Brancovano, duquesas de Montmorency, de Sexto y de Valencia; marquesas Guadalmedina, Campo-Sagrado y Peña-Fiel; condesas de Bañuelos, de Cartagena, de Fernandina, de Lavalette y de Uribarren; mariscala de Canrobert, baronesas de Weisweiler, de Boyerssy, de Decazes, señoras Waddington, Adam, Freycinet, Girardin, Heine, Lebey y otras de las más distinguidas, por la cuna, por el talento y por la belleza.

En los palcos oficiales hallábanse doña Isabel de Borbón, que preside la fiesta, Gambetta, Waddington, el cuerpo diplomático y los ministros. En el palco inmediato al de Gambetta, el comité de la prensa francesa; al lado del de Waddington, el comité del comercio. En los palcos españoles está D. Francisco de Asís y el comité de la prensa española. Hermann hace juegos de manos en su teatro, delante de las barracas del Comercio y de la Industria. En derredor del circo Franconi y del retablo de Murcia, agrúpase un público electrizado; María Bergé, vende cigarros; las hermanas Legault, cajetillas y petacas; Mauri, abanicos Fromentin, mantillas; Heilbron, música; Mercader, flores; Mary Albert, perfumería; Madrazo, dibujos; Vibert, fotografías; Sarah Bernhardt, autógrafos; Margarita, Champagne y licores; Rosa Blanca, libros y periódicos; María Leroux, música y fotografías; las hermanas Baret, panderetas y tambores; Judith, pastas y confites. La Judith dice desde su carricoche la buenaventura.

Todas estas señoras, que compiten en hermosura, se disputan a fuerza de gracia la demanda y recogen abundantísima colecta de monedas y galanterías. Abundan los trajes españoles y de fantasía. Los grupos han ido concentrándose delante del coche de Mme. Judit, de la instalación de *L'Iustration* y del estrado del *Monde Parisiën*, en donde se dan conferencias y conciertos burlescos. Igual favor obtienen los trabajos de los actores cómicos y de los saltimbanquis, que de todas veras lo merecen.

Invaden, a las tres de la mañana, el Hipódromo las elegantísimas señoras que habían presenciado la primera parte de la fiesta desde los palcos. Los caballeros, vestidos de rigurosa etiqueta o con pintorescos y brillantes uniformes, se confunden con ellas. Mézclanse la mantilla española y la capa y la mascarilla veneciana. La animación y la alegría llegan al colmo. Hay en aquel maravilloso conjunto, en aquel lujo inaudito de

riqueza y hermosura, en aquel centellear de los diamantes heridos por la luz, algo de un homérico baile de máscaras y de una feria de prodigios o imposibles.

A consecuencia del excesivo número de pedidos hechos a última hora, se ha suspendido la lotería, habiéndose vendido billetes por valor de 200.000 francos. Encantadoras mujeres continúan vendiendo ediciones y ediciones de *Paris-Murcia*. Está a punto de terminar, a las cinco de la mañana del 19, la función del Hipódromo, en medio del orden más completo. A la salida aguardan nubes de fiacres, multitud de coches particulares, ómnibus y 300 carruajes cerrados, pertenecientes a una compañía que ha logrado organizar perfectamente el servicio. Se calcula que son extraordinarios los productos alcanzados en esta fiesta, que no tiene precedentes en la historia de la caridad.



Lorenzo Suárez, *París-Murcia: Gran polka militar* (Barcelona: Andrés Vidal y Suárez, 1882)

# LE MONDE ILLUSTRÉ

JOURNAL HEBDOMADAIRE

ABONNEMENTS POUR PARIS ET LES DÉPARTEMENTS  
En av. 24 fr.; — Six mois, 11 fr.; — Trois mois, 7 fr.; — Un numéro, 50 c.  
Le volume hebdomadaire, 12 fr. broché. — 17 fr. relié et doublé sur tranches.  
LA COLLECTION DES 22 ANNÉES FORME 66 VOLUMES.

Directeur, M. PAUL DALLÉE.

BUREAUX  
13, QUAI VOLTAIRE

23<sup>e</sup> Année. N<sup>o</sup> 1187 — 27 Déc. 1879

DIRECTION ET ADMINISTRATION, 13, QUAI VOLTAIRE  
Toute demande d'abonnement sera accompagnée d'un bon sur Paris ou sur le  
poste. Toute demande de numéro à laquelle on aura payé le montant en  
timbres-poste, seront considérées comme non venues. — On ne répond pas  
des manuscrits envoyés.

Secrétaire, M. E. HUBERT.



LA FÊTE DE LA PRESSE A L'HIPPODROME. — Les abords de la tienda du « Monde illustré » de minuit à deux heures du matin.  
M<sup>lles</sup> Croizette et Reichenberg vendant les terres cuites de Murcia et notre album ; A MURCIA. — (Donné de M. Adrien Héris.)







Fecha de recepción: 5 de abril de 2015  
Fecha de aceptación: 22 de mayo de 2015



